



Sillería baja de la catedral de Toledo. —Bajo relieve que representa la entrega de Haza.

GUACANAJARÍ.

II.

AINAIMA.

¿Por qué no han de acabarse todos los recuerdos en la oscuridad del sepulcro? ¿por qué ha de vivir lo que pasó al través de los siglos que marchan sin término y como las nubes que se amontonan y caminan atropellándose, impelidas de las tempestades?... Todo deja en la tierra su memoria: ni una arona es arrastrada por los vientos; ni una flor cae del árbol donde nace; ni una onda del mar llega á la orilla en medio del flujo y del reflujo á desvanecerse misteriosamente, sin que lo disponga la voluntad de Dios, que todo lo tiene previsto y lo señala con su dedo en el libro infinito de las generaciones, de los espíritus y de las cosas; por eso los días de mi triste vida pasaron quedando señalados con lágrimas para todas las edades. ¿Qué raza de hombres verá la luz en las fértiles y risueñas colinas de Haiti que no fijé sus ojos apesadumbrados en las ramosas y olvidadas piedras de mi palacio de Marien?... Tú que has levantado mi cabeza del sepulcro y haces flotar mis cabellos movidos por el aire embalsamado de la noche, que refresca mis sienes, consuela el dolor del dolor mío, que no es igual á ningún dolor del espíritu del hombre.

No hubiera querido acabar para siempre en la roca de la orilla del mar, ¡por qué las alas del ángel de la muerte, no quedaron tendidas sobre mí por una eternidad!... paralizada mi sangre, mis ojos se cerraron; con el último aliento, se llevó mi espíritu el ángel del sepulcro. El beso de la extranjera que abrasó mi frente, acompañaba mi alma. desprendida del cuerpo, que se tendía cual espacio azul. — ¡Oír mi voz yo sentí el frío de la muerte ampararse de las arterias de mi corazón; pero aquel beso estremeció mis entrañas, y no me dejaba morir.— Tendido sobre las rocas y sin oír el ruido lígubre de las ondas, se apoderó de mí la oscuridad de la noche, y la insensibilidad de la mañana. ¿Por qué desde aquel día, las alas del ángel del sepulcro, no quedaron tendidas sobre mi frente por una eternidad?...

El silencio reinaba en las peñas y recostaba el mar su onda tranquila, en la estendida y solitaria playa: la brisa empujaba los olivares hacia oriente, la luna se escondió en el horizonte; entre la oscuridad, se levantó una sombra blanca como la espuma del mar y melancólica como la luna; paso á paso, atravesó la llanura; traía desordenados los cabellos; los ojos lánguidos y arrasados de lágrimas. ¡pobre Ainaima!... eras tú que desde la orilla oíste el sonido lastimoso del arpa; la voz de la extranjera había llegado á tu corazón, para herirlo mortalmente, como el huracán despedaza los montones de nubes, y como el rayo del sol marchita las delicadas flores del Tamarindo. — Y así como el águila guarda desde la altura el nido de sus tiernos polluelos, tú viste la boca de aquella mujer llegar hasta mi frente, y sus lágrimas que se derramaron sobre mi cabeza, cayeron gota á gota y como chispas encendidas, y amargas como la hiel y como el veneno de la serpiente, sobre tu despedazado corazón!...

La extranjera que estaba á mi lado trémula y angustiada alzó la cabeza y vió á Ainaima adelantarse; y como el temeroso pájaro de la noche, huye al ruido de la mar que azota la playa y se estrella estrepitoso entre las aberturas de las rocas, así salió despavorida de piedra en piedra hasta desaparecer en la oscuridad. Ainaima llegó hasta mí, cubierta de pañéz; la luna hería con moribunda luz su triste frente; su lastimoso suspiro estremeció mis entrañas heladas por la ingrátitud; su mano cariñosa abrigó mi cabeza en el calor de su seno infeliz: «Guacanajari me dijo, anegada en lágrimas, vagorosa me traje á las orillas del mar, buscando el ángel de mi vida, abre tus ojos y mírame porque el dolor consume mis entrañas» Mis oídos escucharon sus trépidas palabras; pero mi espíritu estaba lejos del corazón; la infeliz viéndome morir, despavorida, lanzó á los aires su grito, que resonó en los mares, conmoviendo las mismas rocas; lo oyeron mis guerreros y Caonabo llegó desde la orilla, me levantó en sus brazos maldiciendo el destino de los reyes de Haiti, y como un cadáver me llevó por las montañas hasta los umbrales de mi palacio de Marien.

Aquella noche la borró el ángel de los días de mi existencia, porque en toda ella no tuvo calor mi sangre, ni pensamientos el alma; por la mañana abrí los ojos; la sed y la fiebre me consumían; junto á mi hamaca estaba Ainaima, la cabeza caída sobre el pecho, amarilla como

caba con el reloj del horizonte tejido de nubes espesas, y con la incierta y misteriosa sombra de la tarde que no me dejaba llegar más allá. Mi pueblo, que había descendido de las montañas á decir adiós al extranjero, se retiraba silencioso por las orillas de la mar; yo me senté en las rocas solitarias y acompañado de todos mis recuerdos, y del dolor eterno que sentía en las fibras del corazón y de la memoria dulce de aquella mujer que será el alma de todos mis pensamientos. «Ella volverá, decís, fijando sus ojos en el cielo, donde todas las desgracias hallan consuelo, y los ingratos y perversos el aspecto terrible de la justicia, que misteriosamente los estrema rechazando sus delitos: así rechazó el cielo mi plegaria y bajó la cabeza, y reconocido en mi angustia me alejé de la playa.

Llegaba á mi palacio, cuando la noche descendía del caos impenetrable y sublime de las cosas eternas, que no sabe el espíritu ni dónde comienza ni dónde acaba; pero que tiene su principio y tendrá su fin, como todo lo que nace y muere á la luz incomprensible del sol. El cielo estaba trasparente y tachonado de luceros rutilantes: parecían las estrellas copiosísima lluvia de gotas de fuego; la melancólica luna en medio del horizonte, reina del vasto mundo de las sombras, tenía su luz de plata sobre la riada y cristalina espalda de los mares, alumbrando con luz serena las selvas vírgenes y las dilatadas sabanas; la brisa perfumada por el suavísimo olor de los árboles, de las yerbas y las flores, refrescaba el delicioso ambiente: todo era silencio: solo el canto del ruiseñor se oía á lo lejos: aquella noche era la más hermosa y apacible de cuantas víeron mis ojos... ¡Dios mío!... ¡qué imperturbable y con qué frío presentó la naturaleza el dolor y la alegría de la humanidad, sin castigar al malvado en medio de sus crímenes, deshaciendo su cuerpo en el aire como el perfume de las flores y sin defender al inocente que perece cubierto de lágrimas, sosteniendo heroicamente la virtud del alma hasta más allá de los umbrales del sepulcro!... ¡Siempre imposible el mundo sin estremecerse nunca, y encerrando en sus entrañas de barro, las generaciones inmensas de los hombres!...

Iba á poner los pies en el umbral de mi palacio, cuando un lamento doloroso hirió mis oídos: volví los ojos, y entre los tamarindos (1) vi á Ainaima desolada sobre el sepulcro de los reyes. Dirigió á ella mis pasos: «Ven Guacanajari, me dijo, con voz lastimosa y como si saliera del fondo del sepulcro; me detuve en su presencia cubierto de vergüenza; y cruzando los brazos sobre el pecho, aguardaba que su lábio acusara mi espantosa ingratitude delante de las sombras de mis abuelos: la pobre, fijó en mí sus ojos cadavéricos, donde brillaba la ternura lángubre de la muerte, y exhalando un suspiro que desgarró mis entrañas, me tendió su temblorosa mano abrasada por la fiebre y me dijo con voz humilde y quejumbrosa entrecortada por los lamentos. «Te he aguardado; creí que no venías y que iba á descansar la cabeza sobre la piedra del sepulcro, sin decirte el último adiós de la vida; voy á morir, Guacanajari: perdona si los lábios de la pobre Ainaima lastiman por última vez tu corazón; sé que eres muy infeliz, pero voy á morir, Guacanajari. Oye el último adiós de la mujer que tanto te ha querido y que va muy pronto á encontrar en la oscuridad del sepulcro el dolor de sus entrañas, para que sus lágrimas no te entristezcan más: ¡alma del alma mía! Yo fui el suspiro de tus suspiros; mis hijos eran la luz de tus ojos; su pobre madre vivió á bendecirlos por última vez, míralos Guacanajari, exclamó moribunda separando de su alrededor las vendas blancas donde descansaban ocultos aquellos dos ángeles abrumados de cansancio y entristecidos con el llanto de su desventurada madre, cuando duerman en el sepulcro, ellos te recuerden la memoria de la mujer que tanto te ha querido; y cuando las estrellas coronen el espacio y la luna tienda su luz por el cielo bañando con su rayo melancólico estos sepulcros, enseñales á bendecir mi infeliz memoria, y tréelos á llorar sobre la tumba de su pobre madre; no enturbescas ni tu cuerpo or tu corazón, ni flores sobre el cadáver de esta infeliz; Guacanajari, al morir te perdono y te bendigo;» dijo y espiró, dejándose caer la cabeza sobre el cuerpo de sus hermanos hijos. Ellos atemorizados, despertaron del sueño, madre, madre, gritaban besando sus labios fríos por el hielo de la muerte; pero Ainaima no abrió más los ojos: los había cerrado para siempre: entre mis lábios recogí su último suspiro: la empapé de lágrimas: la llamé desesperado para que viera el inmenso dolor que consumía mis entrañas. Pero su alma había bajado á dormir en la noche de la eternidad. Sus hijos me pedían á gritos á su pobre madre; los inocentes besaban mis manos y acurrucábanse para ablandar mi crueldad; me decían que tuviera de ellos compasión y que despertara á Ainaima de su profundo sueño... ¡ay! ¿por qué cuando padece tan fieramente el alma, no us de tener el hombre el derecho de hacer pedazos el cuerpo, para entregarse al descanso sublime de la destrucción interminable!...

(1) Tamarindo, árbol compuesto, de hoja muy menuda y que estando sus brazos frías cuando tocan, donde se agrieta la corteza de las galeras.

Yo tuve entre mis brazos toda la noche el frío cadáver de la infeliz Ainaima... así me encontró el sol padre del universo, así lloraron á mi redor los brutos y los guerreros, y al caer la tarde, rodeado de flores con mis propias manos su cabeza benderida, yo mismo la coloqué en el sepulcro sobre la piedra de los reyes; quité las cinas de mi cuello y las puse para siempre sobre su corazón, porque Dios me había presagrado, que iba á acabar con su muerte el reinado de los reyes de Bahiti.

José GÜELL y BENTÉ.

UNA ESCURSION ESTUDIANTINA.

(Continuación.)

En efecto, había llegado la hora en que deben cerrarse las puertas de los establecimientos públicos, y me fué forzoso despedirme de aquella jóven á quien las penas habían realizado á nuestros ojos, porque solamente los que sufren saben tributar el noble culto del afecto y de la veneración debido á la desgracia. Preocupados con lo que habíamos oído, no pudimos advertir que una persona extraña seguía nuestros pasos desde que salimos de la fonda, como si tratase de espionarnos ó de sorprender algún secreto de Estado en nuestras palabras; pero nuestra conversación era bien natural y sencilla.

—¡Pobre jóven! decía uno.

—¡Qué trabajos habrá pasado!

—¡Cuánto habrá llorado en este mundo!

—¡Quién había de decir que conocía á nuestro descor, Matías!

Al oír estas palabras, el hombre que seguía nuestros pasos nos interpelló fuertemente como si le interesara mucho el asunto de que se trataba, y efectivamente le interesaba mucho, porque aquel hombre bastante disfrazado para que solo por la voz pudiéramos conocerle, era Matías. Esta nos había visto entrar en la casa que él rondaba de día y de noche, nos había visto salir, y estaba dispuesto á seguirnos sin hablarlos; pero no pudo llevar adelante su propósito al oír pronunciar su nombre en medio de la historia de la jóven á quien amaba, y de quien sin muestra alguna aparente era correspondido. El dolor que nos había producido la narración de nuestra paisana era muy fuerte que el resentimiento que guardábamos á Matías por su extraña separación de nuestra compañía, de modo que sin entrar en el terreno de las reconvencciones, empezamos á referir á nuestro antiguo compañero todo lo que habíamos oído.

—Pero chico, te dijimos, ¿no habías tú conocido á esa muchacha?

—No hago memoria.

—Ya se ve, ¿cómo era tan jóven cuando estuvo en Peñaranda?

—¿Pero es verdad que me conoces? ¿Y por qué lo ha disimulado tanto?

—Pues con nosotros ha estado bien explícita; no ha tenido reparo en decirnos que sin la generosidad de tu padre no hubiera podido celebrár el entierro de su madre.

—¿Cómo!

—Lo que oyes.

—Será... ¡ya caigo! ¿Con qué, esa pobre jóven es la hija de aquella desgraciada?... Pero señor; yo vuelvo á mi tema ¿por qué no se me ha dado á conocer?

—Eso se explicaba bien, contesté yo; por lo que he colegido de algunas palabras, infero que esa jóven te ama y teme desmerecer en tu concepto, porque como la pobre no tiene padre conocido...

—¡Y qué importa! exclamó Matías fuera de sí, yo no conozco su historia que siempre ha sido un misterio en Peñaranda; pero amo á esa jóven y puedo ser para ella tanto como la buena madre á quien ha perdido. Si su padre la ha abandonado...

—Eso es lo que nosotros no sabemos ni ella tampoco. Su padre se conoce que era un bravo caballero, pero tal vez moriría el pobre en Ultramar.

—¿Cómo? ¿Qué nueva historia es esa?

—Sí, chico, su padre mató á un rival en desafío, fué condenado á los desiertos de Ultramar, y no han vuelto á tener más noticias.

—Señores: dijo Matías, dando muestras de una agitación extraordinaria, ¿qué están Vds. diciendo? por favor denme Vds. algunos detalles acerca de ese duelo.

—Y por cierto que son bien especiales, dije yo. Figúrate tú que el contrario era un coronel.

—¡Cierto! exclamó Matías.—Y decidme, ¿el duelo tuvo lugar á espada?

—Que el padre de nuestra amiga manejaba como un profesor. Tanto, que después de dejarse herir voluntariamente para desarmar la cólera de su adversario...

—Basta, dijo Matías; ¡basta, amigos míos! No quiero más de él.

ocurrente de lo que todavía ignoraba en esa historia. Sabed que esa joven, cuyas desgracias os han interesado tanto, esa joven á quien yo amo mas que á mi vida, es hija de D. Bruno...

Esa era la gran sorpresa que nos guardaba el destino entre las muchas que experimentamos durante nuestra escursión.

—Sí, continuó Matias, es hija de D. Bruno... que ha luchado para volver á España contra todos los obstáculos con que el genio del mal puede atajar el paso á la virtud, y que por fin cuando logró volver á su patria, rico y siempre fiel al juramento prestado en las aras del amor, tuvo el desconsuelo de no hallar á la mujer á quien adoraba. Por eso estaba siempre triste y pensando en el suicidio. Yo le habia impedido varias veces ejecutar su fatal proyecto, y por eso me resistia á salir de Salamanca; pero me engañó cruelmente; me habia dado tales seguridades de que no atentaria á su existencia, que no dudé en acompañarlo.

Entonces comprendimos nosotros todos los misterios que no habíamos podido descifrar, y entre otros, la extraña acusación que Matias nos hiciera, diciendo que éramos la causa del suicidio de don Bruno.

—Ahora, dijo Matias: es necesario que volvamos á ver á esa joven, cuyo nombre no recuerdo; tendremos el sentimiento de aumentar su dolor con la infame noticia que todos sabemos; pero yo tendré el gusto de sacarla de la miserable situación á que la habia condenado la suerte; le diré que deja su destino, que ella no ha nacido para servir, que es heredera de la rica fortuna de su padre, cuyo testamento en mi favor es nulo desde está instante.

Volvimos en efecto á la fonda, pero ya no nos abrieron la puerta por ser demasiado tarde. Tuvíamos que retirarnos consolándonos con la esperanza de volver el día siguiente tan pronto como nos levantásemos, pero nuestra mala fortuna decretó en un momento nuestros planes. Hallábase entonces Portugal entregado á los azares de las revoluciones políticas, y eran tan frecuentes las prisiones arbitrarias, como las agitaciones de los clubs.

Por esta fatal casualidad fuimos detenidos como sospechosos antes de llegar á nuestra casa, y encerrados cada cual en su calabozo sin permitirnos ninguna comunicacion en mas de ocho dias. Consideren mis lectores cuál seria nuestra pena, y sobre todo la de Matias, viéndonos encerrados y sin comunicacion, no por nosotros mismos, que nada podíamos temer, confiados como estábamos en nuestra inocencia, sino por la joven, cuyos trabajos se prolongaban con nuestra detencion.

Y nuestra prision llevaba trazas de ser larga por la funesta combinacion de circunstancias que contribuian á hacernos sospechosos. Sabíase que habia en Lisboa un club compuesto de extranjeros, y nosotros fuimos precisamente detenidos cerca del paraje en que aquellos celebraban sus reuniones; de modo, que aunque era notoria nuestra buena conducta, el juez tenia sus razones para no soltarnos. Sin embargo, firmé nos fué contestar á todos los cargos, desvanecer todas las sospechas y salir por fin libremente de la cárcel, despues de lo cual nuestra primera diligencia fué ir á la fonda y preguntar por nuestra esposa y amiga. Pero ¿nuevo contratiempo! Allí nos dijeron que se habia despedido dos dias antes y que ignoraban su paradero. Hicimos mil investigaciones inútiles, y por último nos resolvimos á implorar la ayuda de la policia para llenar la medida de nuestra amargura, pues al cabo de algunos dias de averiguaciones vino un comisario á decirnos que la joven á quien buscábamos habia desaparecido de Lisboa, y que segun todos los informes y señas, se habia embarcado para Inglaterra en calidad de doncella de unos señores, cuyos nombres y residencia se ignoraban completamente.

Pero también este artículo se va alargando demasiado. Suplico á mis lectores disculparme todavía por hoy, en la inteligencia, de que esta historia se dará por terminada indubitablemente en el número inmediato de nuestro periódico.

(Continuará.)

AZELIA Y LAS WILLIS.

BALADA

DE S. J. NICOLLEA.

(Conclusión.)

V.

Quedó Azelia dormida con un profundo sueño, no sin haber dado antes lugar en su imaginación á un tropel de ideas, entre las cuales dominaban la de su amor á Huberto y la de las Willis, cuyo retrato acababa de ver por la descripción de su padre; pero al cabo de un corto espacio, quedó profundamente dormida. Las ideas que durante

el insomnio habian turbado su mente, abandonada al sueño, tomaron formas y colores y como en un estenso panorama se presentaron á su vista.

Era al amanecer del día señalado para las bodas de Azelia, y de su amante; las flores abrían su pétalo dejando ver entre sus estambres algunas gotas de rocío que parecian perlas, las matinales auroras incían y besaban las ramas de los árboles, la aurora abandonaba su lecho cristalino y levantándose en su carro por el oriente inundaba con su rosada luz los montes y los prados. Las aves dejaban su nido y revolando entonaban con melodiosa voz, hincos su fin á la precursora del día. Los zagales de aquellas cercanías se adornaron con sus mejores trajes y envidiaban á Huberto porque iba á unirse para siempre con Azelia, la mas gentil y virtuosa joven de entre todas las que habitaban aquellos sitios. Por otra parte, las pastorcillas ya engalanadas poblaban la pradera y entreteñian con suma habilidad guirnaldas de artemisa, olivá y azahar sujetándolas con cintas blancas, simbolo de pureza. Con ellas pensaban festejar á los tiernos amantes. — Los caracillos de los aldeanos rivalizaban con el sonoro canto de las aves. Todo era placer; todo respiraba alegría y felicidad.

En tanto Azelia, al lado de su padre recibia sus consejos con respetuosa atención y profundo cariño... Ya el sol doraba las rubias mieses de los oteros y Huberto, con su traje de boda llegaba al lado de sus buenos amigos al sitio donde le esperaba la dicha mas inmensa que puede ambicionar el corazón... Haddon y Azelia salen á su encuentro... El padre estrecha entre sus brazos al nuevo hijo, al nuevo apoyo de su vejez. — Azelia le dirige una tierna mirada acompañada de una dulce sonrisa y abandona la estancia para salir á la pradera. — Llegó al dintel de su cabina y varios grupos de aldeanas la victorizan y la saludan. Ella contesta á sus demostraciones de cariño con frases de agradecimiento, pero no se detiene, se abre paso por entre aquellos alegres grupos y corre al bosque que está frente de su vivienda.

— ¿Adónde va? ¿Adónde van? dicen las unas á las otras.

— ¿Adónde va? preguntan los aldeanos.

— ¿Adónde va? repite Huberto á Haddon.

— Todos lo ignoran, ninguno adivina su intencion.

La mayor parte creen que ha ido al cercano bosque para leer una guirnalda y mostrar á su amante su cariño. — Esta idea cunde con rapidez y sosiega los ánimos... Todos esperan... Los zagales toñen sus pastoriles instrumentos; las pastorcillas danzan... En todos los semblantes imprime su sello de felicidad... El sol marca en su ruta el medio día... Las brisas de la tarde comienzan á salir de entre las flores... El sol funde su frente en el ocaso... Luce el crepúsculo sus mágicos colores, sus variadas y poéticas tintas... La triste noche tiende su oscuro manto... La misteriosa luna vierte su melancólica claridad... Azelia no ha tomado... Los zagales precedidos de Huberto se internan en el bosque... Azelia no parece, el desaliento se apodera de los corazones... Vuelve otra vez la aurora, torna el sol y otro sol y otro y otro. — Azelia no ha parecido aun. Haddon yace en el lecho, abatido por su fiero dolor. Huberto llora desconsolado la pérdida de su adorada Azelia. Los pastores le acompañan en su tristeza. Las zagalas arrojan la artemisa y el laurel y solo llevan en sus manos el ciprés y la adelfa; hasta el canto de las aves es triste y melancólico. — ¿Qué habrá sido de Azelia?

— Todos lo ignoran.

Azelia habia penetrado en el bosque de las Willis á recoger una corona de flores para ceñir los cabellos de su esposo; Azelia tuvo sed y acercó sus labios á el manantial de una fuente cristalina. — Aquel manantial estaba impregnado de un narcótico que adormecía primero dando despues una muerte tranquila. — Azelia quedó dormida y al despertar se halló encerrada en el espulso de una arzuena. Habia dejado de existir y como todas las jóvenes desposadas iba á ser Will. — Solo faltaba la ceremonia acostumbrada para llamarse así, vivir con su vida, danzar con su danza y adormecerse con su sueño.

VI.

La luna iluminaba el bosque de las Willis con una dulce claridad; el azulado manto de la noche bordado de incientes estrellas estaba desplegado y las brisas murmuraban entre los pobos y abedules meciendo blandamente las inclinadas ramas de los sauces.

El centro del bosque formaba un espacioso círculo del cual parlían ocho calles de frondosas acacias y elevados abetos. Cuatro rústicas fuentes colocadas con natural simetría murmuraban derramando sobre el mullido césped el sabroso licor de su seno y en derredor brotaban lindas y perfumadas flores.

Zela era la reina de las Willis; abre su pétalo un clavel y aparece la herrada soberana envuelta con una mágica claridad que alumbraba de improviso aquel paraje solitario.

Apenas toca con su pequeño pié en el hervoso suelo, sus palpitantes alas tiemblan y se agitan sobre sus espaldas como las hojas de los árboles cuando el céfiro las impala con su sopla. Lleva en su diestra mano una rama de florido romero: con ella toca en todos los objetos que la cercan y súbito aparece un resplandor misterioso y una Willi que se reúne á ella y forma su cohorte.

Todas se agrupan, van á empezar su danza, cuando una de ellas, la divina Ofelia, anuncia la llegada de la amiga de sus primeros años, de la gentil Azelia. Con tan dichosa nueva todas se regocijan, irradian sus semblantes de alegría... Ofelia conduce á su amiga encubierta con un velo nevado... Las Willis la rodean y envidian su hermosura. Zela toca con su florida rama á la recién llegada y de su espalda nacen rizadas alas; más blancas que la nieve, sus piés adquieren notable ligereza... La danza va á empezar, las Willis con caprichosos giros bailan alrededor de Azelia y de su amiga que se estrechan con sin igual



(Aventuras de un loco coronado.)

ternura —Azelia está muy triste, recuerda á Huberto y un vivo afán de contemplarla agita su alma. La amiga de su infancia la consuela y la impela á la danza... Las dos se pierden y aparecen.—En todos los semblantes está pintada la animación... De pronto cesan y se reúnen bajo las ramas de un frondoso abedul... Han escuchado rumor de gente y en sus ojos se pinta la alegría y la ansiedad del cazador que acecha al ciervo... ¿Qué grupos son aquellos que se adelantan por las calles de arbustos? ¿Quién es aquel jóven de negros ojos que lleno de tristeza parece que busca el alma de su alma?—Aquellos grupos son los aldeanos, el jóven es el desconsolado Huberto.

—No está... no está, dicen unos á otros.

Las Willis se ocultan con sus alas... los inocentes aldeanos penetran en su mágico recinto... Huberto inundado de pena se sienta al pié de una sonora fuente... De pronto los inesperados aldeanos sienten que una fuerza superior oprime su cintura y sobre sus hombros un peso leve que los hace estremecerse... Quieren huir... no pueden...

—Las Willis!!! Las Willis!!! gritan, pero nadie los oye. Huberto no ha sido visto, y entregado á su fiero dolor no se aparta de cuanto le rodea.

La danza continúa... Las Willis arrastran á sus desventurados compañeros y los hacen bailar, apenas tocan el suelo... El cansancio

se pinta en su rostro, piden auxilio, imploran compasión, mas en vano... Un temblor frío se apodera de sus miembros... algunos caen desfallecidos... los mas fuertes van á caer...

—Aquí hay uno, aquí hay uno, gritan las Willis corriendo á Huberto.

—Que baile—sí, que baile... Huberto siente que le obligan á levantarse, quiere oponerse pero no puede... Todas á porfía se disputan la nueva presa.—Todas quieren bailar con él.

—Azelia en tanto piensa en su amado Huberto y quisiera no vivir en su ausencia.

—Zela coje en sus brazos á el amante de la apenada Willi, baila con él y ya cansada lo abandona á otra, aquella le deposita en otros brazos... Huberto grita, y sus voces llegan á los oídos de su amado... Corre á ver si se engaña... mas no, le reconoce y le contempla desfallecido del cansancio y próximo á espirar.

Quiere salvarlo, pero Huberto corre de mano en mano, las Willis voltigean á su alrededor.—Azelia les persigue, quiere arrancarlo de sus redes...

—Dejalle, grita, dejalle... No la nyen... Dejalle.—Huberto, Huberto... Azelia se desespera... corre... vuela... Huberto ya no grita... su voz se aboga en sus labios... Va á lanzar el último suspiro... Dejalle —Huberto cae, las Willis lo abandonan... llega Azelia... toca su pecho... ya no late su corazón... ha espirado... Azelia no puede resistir su acerbo mal y lanza un grito desgarrador.

—Azelia... Azelia... hija mia... ¿qué tienes?... ¿qué te pasa? pregunta el viejo Huddon entrando en la morada de su hija.

Azelia se despierta.

—Ahí padre mio, padre mio, Huberto ha dejado de existir...

—Huberto...

—Ay sí; y comienza á llorar.

Ya el sol inundaba con su fulgente luz los anchos prados, Huddon habia abandonado el lecho muy temprano, y al mirar á su hija en los brazos del sueño la habia dejado descansar.—A sus dolerosos gritos entró en su estancia.

—No, hija mia, no ha muerto, tú has soñado, repuso queriendo consolarla. En este instante se escucharon los armoniosos sonidos de una cítara habilmente pulsada.

—No escuchas esa música? repitió Huddon corriendo á la ventana que daba vista al campo.

Azelia reconoció á su amante... pasó los índices por sus ojos... Cubrió sus formás con sus vestidos y se encaminó con resuelto paso hacia la puerta... al abrirse estrechó en sus brazos á su amante... Su esperanza se haria convertido en realidad... Huddon lleno de gozo los bendijo. Azelia conoció que todo habia sido una ficción, un sueño, y banchida de entusiasmo dió gracias al Altísimo.

VII.

Algunos dias después, los dos amantes se juraron eterno amor ante el altar.—Con su felicidad presente habia olvidado Azelia su pasado sueño, y al tornar de la iglesia dió algunos pasos hacia el bosque para tejer una guirnalda de purpúreas rosas, pero de pronto se detuvo y temió.—Su esposo vió cubierto su semblante de mortal palidez y preguntó la causa.—Azelia le contó su sueño.

La algazara de los festivos aldeanos, la danza de las aldeanas, el dulce son de los caramillos, alejaron su tristeza y la volvieron la alegría.

Azelia fué feliz, pero cuando pasaba por el bosque talia su corazón con fuerza y sus miembros temblaban, nunca podia olvidar su sueño que temia ver realizado.

S. J. NOMBELA.

Mayo de 1836.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

El incendio seguía su marcha vagabunda devorando cuanto alcanzaban sus dientes de llama. Bien pronto se coloró con todos los colores de la belleza, cuando devoraba maderas era roja como la púrpura, cuando se deria blanca, cuando el oro verde. Las cuatro paredes se abrieron por sí mismas, y entonces el castillo pareció una inmensa catedral de cobre, en cuyo fondo hervían los despojos de muchos reinados. Todo silencio era inútil. Los hombres que corrieron como demonios por los balcones en los bordes de las cornisas, en las crestas de las paredes, parecían mozas y sus esfuerzos se asemejaban á los de las mozas también. Caían abrasados ó ahogados al pié del monumento que

querían salvar. El agua lanzada contra las paredes, cuyo radiante calor mantenía la gente á más de cuarenta pasos de distancia, se inflaba como si cayera sobre una plancha de metal encendido. El rey, á quien el pueblo quería salvar á cualquier precio, se había visto obligado á dejar la ventana y refugiarse en el hirviente palacio.

¿Cómo llegar hasta él?

Sin embargo, dos hombres consiguieron poner una larga escala formada de muchas escalas, en una de las paredes incendiadas y después de haberse mojado, se precipitaron por ella gritando: «Viva el rey.» El primero era el caballero Megret, el segundo Olof el gigante. Había que subir ciento veinticinco escalones! Ciento veinticinco infierno, ciento veinticinco infiernos que atravesar al bajar.

El rey, que había esperado demasiado para dejar este lugar de castaño, no había podido bajar por la gran escalera de mármol; la escalera se había hundido bajo su peso y el de Reginold y ambos se habían hallado abismados en el incendio.

En el escalon cuarenta Olof vaciló. El caballero Megret fingiendo no comprender la emoción del gigante, le dijo:

—Si os parece que subo despacio os dejaré pasar el primero.

Olof, que era valiente en el fondo de su alma, no tenía contra sí en esta ascension más que su masa corpórea, y respondió:

—No, vale bien... pero esa endiablada agua que vuestro traje deja caer en mi cabeza... Ya sabéis que el agua y yo...

Un clamor espantoso resonó á sus pies.—La pared va á caer! ya en, ja, ya se inclina... Bajad, bajad pronto, bajad!

«Viva el rey» exclamó otra vez el caballero Megret ascendiendo como un gato seguido de Olof que ascendía como un oso, y poniendo en fin su mano sobre el borde de la ventana.

Ambos se precipitaron en seguida en el interior del palacio.

—Señor... señor, venid, dijo Megret al rey cogiéndole y arrastrándole hacia la ventana.

Y el rey bajando el primero, fué seguido de Reginold, de Olof y de Megret. El pueblo esperaba angustiado y temblaba á la vista de aquel peligroso descenso. El viento del incendio balanceaba la escala como una cuerda, tan pronto iba á chocar contra la pared formando una curva que arrancaba un grito delirante á cinco mil personas, como parecía que la llama la empujaba y la rompía.

Durante un momento nada se vió.

El pueblo se arrojó espantado.

—«Viva el rey» exclamó tercera vez Megret, abriéndose paso entre el humo, después de haber tocado la tierra.

—Salvado! exclamó el pueblo viendo á su rey arrancado á las llamas del mas terrible incendio que ha tenido lugar en Suecia.

—Señor ¿dónde dormireis esta noche? le preguntó Reginold delante de toda la corte, delante de todo el pueblo, delante de Eric, Herman, Olof, Liaven, Reuschild y Megret.

—A bordo del *Citela XI*, respondió el rey, para aprestarme para partir mañana hacia Dinamarca con mi ejército y mi armada. Mi palacio será en adelante un navío de tres puentes y 120 cañones; señores, ese no arderá.

—Señor, dijo acercándose un hombre que salía de la multitud, yo soy Ekerot, el minero que os predijo el incendio de vuestro palacio el día de la caza del oso negro, ¿os acordáis?

—Muera el hechicero! gritaron muchos.

—A la horca.

—Al agua!

—No, á las llamas!

iban ya á arrojarse sobre él, cuando el rey dijo:—Deteneos; Ekerot, por mi voluntad soberana le nombro inspector de las ruinas de Suecia.

—Señor...

—Te hago conde.

—Señor...

—Todos tus descendientes varones serán senadores.

—Señor...

—Me predijiste el incendio de mi palacio, pero no sabías que me predicha en mismo tiempo la gran ruina de Suecia.

—Señores, añadió volviéndose á Reuschild, Olof, Megret, Herman, Reginold, Eric, Liaven y toda la juventud noble de su corte, un día se os explicará esta enigma.

—Por Dios! dijo Megret á Olof, está explicado. La jaula arde, es preciso, pues, que el pájaro vaya á vivir á otra parte.

—No comprendo, dijo Olof.

—Oh gigante, maravilloso gigante, lo contrario me hubiera extrañado en vos.

Y la gran estalupa á que Carlos XII acababa de pasar se alejó de la ribera, llevando á todos aquellos jóvenes que aquella misma mañana no osaban dejar la Suecia y las delicias del palacio real.

El palacio real no existía.

(Continuará.)

ULTIMO AMOR.

FANTASIA.

Hay en la vida de ciertos hombres una época de amargo desaliento, de dolorosísima cansancio; indefinida é indefinible; que no pertenece ya á la juventud, que no pertenece todavía á la vejez; rayos melancólicos del sol que se pone, crepúsculos luminosos de la noche que comienza...

Época de reconcentración y apérente inercia, en la cual cobra el alma nuevo vigor para sostener el perpetuo combate que constituye el objeto de la incansante peregrinación, del inexorable destino que ha de cumplir la humanidad antes de llegar al término de su fatal carrera...

Época de sordo desarrollo, crisis del grosísimo y prolongada, cuya terminación es muchas veces funesta; crisis que suele dar principio en una orgia y concluir en una tumba...

En esos días que nunca se acaban, en esas noches eternas, devorados por una fiebre desconocida, presa el corazón de confusos deseos, perdidas todas las ilusiones, mortibundas todas las esperanzas, brota un rayo de sol, y se vivifica vuestra marchita existencia; un fluido eléctrico, abrasador y corrosivo circula por vuestras arterias; á la inercia sucede la animación, al fastidio el entusiasmo; el aire se enrarece y purifica; vuestro oído tímido pecho se dilata; y está sobre vosotros con la impetuosidad y la violencia de un torrente, una lluvia atmosférica que inunda y rejuvenece vuestra alma, próxima al parecer á fugarse de la mezquina cárcel donde gima.

¿Por qué este repentino cambio? ¿por qué esta metamorfosis súbita y extraña? ¿por qué se ha convertido en febril impaciencia á quella monotonía abrumadora? Ah! porque el indolente génio de la languidez y del hastio ha dejado su puesto al fogoso génio del amor y de las tempestades.

¿Ignorais acaso, que las tempestades forman la corte del amor, como las estrellas son las cortesanas de la luna? Si habeis amado, si ha llegado la hora del último de vuestros amores, sabreis que el amor es un ángel de sorprendente belleza que cabalga sobre las nubes, llevando en una mano el rayo y el estertorajo, y en la otra el iris y la ventura.

Último de los amores! Si no le habeis sentido todavía no me comprendereis. Cuando se anuncia en vuestro corazón, cuando se germinar comienza, cuando en medio de la profunda ausencia de vuestra alima surja ese rayo de luz fosforescente y sulfureo, entonces descubrireis un horizonte sin límites que no habeis siquiera sospechado; entonces conoceréis la vanidad de vuestras aficiones pasadas; entonces mirareis con supremo desden las angustias que antes os parecieran horribles, y los dolores que creisais eternos, y los goces que juzgais infinitos é inefables.

Último de los amores! Desde su primer instante se distingue desde á conocer las notabilísimas diferencias que de los anteriores le separan; es una fiebre de otro género, un delirio reconcentrado, sin las dulcísimas ilusiones de los vértigos juveniles; un huracán asolador que arranca de raíz las flores del corazón, como el caballo de Atala sepala para siempre la yerba donde imprimía sus herraduras; un fuego insólito que corre por vuestras venas, sin permitir que asomen á vuestros ojos las llamas del incendio que os devora.

Último de los amores! Pasión sin ilusiones, que se nutre de realismo; que vive en la desconianza, como el ave en el aire, como el pez en el agua, como la salamandra en el fuego; que se apoya en el dismulo; que desfruta la fermeza con el sarcasmo; que se complace en crear aterradores fantasmas; que transforma los goces mas puros en los mas crueles sarcasmos.

Una mujer, purísima y seductora, prodigio de bellera y de elegancia, rival de su sexo, codicia del nuestro, realidad de encantos celestiales; esasueños pueblan el mundo ideal de los poetas, lánguida y vaporosa como las vírgenes del norte, voluptuosa y ardiente como las hindúes orientales; blanca como las espumas del mar; con negra y abundante, finísima cabellera; con negros y hechiceros ojos; con mirada encantadora y penetrante; con ter suavisima y perfumada, con el tallo de una silbide, con la frescura de una púdica, con las gracias de una encantadora.

¿La conocéis? Es el último de vuestros amores.

No, no; es el último de los míos; es ella, es el ángel de bendición que derrama sobre las brizas de mi alma un bálsamo vivificador y santo; es el querube que vierte en mi corazón infinita ternura, inefable y celeste dulcedumbre.

Y sin embargo, ¡qué tanta amargura en medio de tanta dicha! ¡qué tantos tormentos en más de tanta ventura! Codicia de todos los hombres, sortida de todas las mujeres, ¡dulzura que brota de su amor en un

mantal inagotable de los celos mas horribles, de los celos de ayer, de los celos de hoy, de los celos de mañana? ¡Ay! pobre corazón enamorado y celoso!

Los celos de ayer! ¡si supiérais lo que son! Un veneno que emponzoña todos los placeres; un espejo que refleja los momentos de embriaguez de la mujer á quien amais en los brazos de otro hombre; una nube opaca y densa que se interpone entre la luz y vuestros ojos; un eco que se repite en las concavidades de vuestra alma; un fantasma sarcástico que á todas partes os sigue; una sombra insolente que surge entre dos caricias; el infierno que desencadena todas sus furias y las arroja sobre el corazón cuando acercáis al cielo vuestros labios...

En esos instantes de frenético delirio, de incomparable amargura, permanecéis silencioso, meditabundo, reconcentrado todo vuestro ser en la memoria, que es el suplicio de todos los que sufren: os olvidáis de que la mujer, en cuyo seno se apoya vuestra abrasada frente, es un ángel de candor y de pureza, y con los ojos cerrados, inerte, sumergido al parecer en un éxtasis de delicias, sufrís todos los horrores del martirio.

Mientras ella juguetea con vuestro cabello, abandonada á las expansiones de su amor, recordais las pérdidas de otras épocas y de otras mujeres; mientras ella se lisonjea de haceros sentir dulcissimas emociones recordais todas las anécdotas picantes y lúbricas, todas las escenas de obscenidad y de impureza que habeis oido, ó presenciado, ó loido; mientras ella vive y siente por vosotros, vuestra imaginacion exaltada recorre los anales de la liviandad y de la prostitucion del mundo...

Entonces pensais.

En aquella Julia, hija de Augusto, que adornaba todas las mañanas la estatua de Marte con igual número de coronas al de los jóvenes que habian disfrutado sus favores en la noche precedente:

En aquella Meaulina, que abandonaba el lecho imperial, dejando en él una liberta para recorrer las calles y los lupanares de Roma en busca de lascivos y vigorosos mozos:

En aquella Agripina, que apuró hasta las heces la copa del libertinaje, embriagándose con los repugnantes placeres del incesto:

En aquella Juana de Nápoles, que en union con su primer amante asesinó á su primer esposo Andrés de Hungria, inaugurando la interminable serie de sus liviandades y adulterios:

En aquella Cristina de Suecia, que recientes aun en sus mejillas los besos de Monaldeschi, dictó su sentencia de muerte:

En aquella Catalina de Rusia, que mandaba deportar á la Siberia los hermosos granaderos de su guardia, que obedeciendo la consigna imperial, habian encantado á la mujer deshonrando la soberana:

En aquella...

¡Oh! perdon, angel mio, perdón!... Perdona esos paroxismos de celosa pasion, esos vértigos horribles, ese infernal oleaje de recuerdos que me hacen olvidar tu cándida pureza.

¡Te amo tanto! Quisiera hubiesen sido míos todos los instantes de tu existencia, porque al cruzar por mi pensamiento la duda, cae sobre mi corazón una lluvia de fuego que le abrasa, y la vista se me nubla y mis sienes laten con espantosa violencia, y mis oídos zumban, y mi respiracion se acorta y siento que una mortal congoja se apodera de mi alma...

Y los celos de la ausencia!... ¿Quién inventaria la ausencia? ¡Oh! No debe tener corazón quien separa á un hombre que siente su último amor de la mujer que se lo inspira, porque la ausencia y el olvido son hermanos, porque la ausencia es la muerte... Qué os importa una puñalada en el corazón, si os quitan la luz de los ojos, si os quitan el aire para respirar necesario? Ven pronto, alma mia, ven, que te adora y te espera tu desconsolado amante...

¿Vinistes al fin? ¡Si, si, radiante de juventud y de belleza, con un atractiva sonrisa, con tu lánguida mirada, con tu esbelto talle, con tu tez nacarada; siempre tan seductora y elegante, siempre tan hechicera y hermosa... Pero conservas la constancia?

R. DE NEGRO.

EL ANILLO DE LA VIRGEN.

Leyenda histórica original (siglo XVI).

POR D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

(Continuacion.)

III.

—Ya se acercan.—Allí vienen.—

—Mirad y cuenta galera.—

—A la playa.—Que me oprimen.—

—Vamos, vamos.—Fuera viejos.—

—Deslenguado.—¿Que me alogan!—

—Conque hermosa, á la una y media.—

—Sí.—¿Qué es eso?...—Seor soldado

hágase atrás que me aprieta.—

—Galla niña si hace frío.—

—Pues yo sudo.—Vaya fuera

de la ciudad á estar aucho.—

—No quiera—No haya quimeras.—

—Sois un mándria.—Lo veremos.—

—Que se matan!—Que ya llegan.—

—¿Ay! mi toca—¿Ay! ¿Ay! reniego

de tal bulia.—Si me dieran

mas oro que... qué no vuelvo

á meterme en otra.—¿Fuera!

—Ese caballo.—Muchacho.—

—Ya estan cerca, ya estan cerca.

—Silencio.—Atrás.—Por aquí.—

—A la playa.—Santa Tecla!

Y todos se precipitan

porque curiosos desean

mirar al rey prisionero,

que viene con las galeras,

y cual pantano que rompe,

el muro que le sujeta,

al mirar de la muralla

las puertas del mar abiertas,

lanzándose entre empujones,

risas, suspiros y quejas

á la playa, en confusion

que un solo instante no cesa,

menestrales y labriegos

soldados, niñas y viejas.

Y á la verdad es fundada

la impaciencia que demuestran,

pues de Francisco primero

ver la magestad suprema,

que á España viene aunque honrada,

no de grado, si de fuerza,

es motivo suficiente

y disculpa la presteza,

conque todos hácia el mar

se oprimen y se atropellan;

que no es por Dios espectáculo

que se ofrece con frecuencia,

mirar un rey prisionero

de quien mil hazñas cuentan.

Los hombres anhelan verla

por su fama de herosa,

las hermosas porque diz

es galante con las bellas,

las chicas por algarazas,

y por murmurar las viejas.

Mas todos pronto á saclar

van su deseo, pues cutran

las galeras en el puerto,

que guardan ó que cortejan

la capitana en que viene,

su magestad prisionera.—

Ya ha llegado: las campanas

rápídamente voltean;

y al atronador ruido,

conque los espacios pueblan;

en estruendo indefinible

confusamente se mezclan,

atambores que redoblan,

y trompetas que resuenan,

y mosquetes que disparan,

y cañones que revientan.

—Pues aunque viene vencido,

no cual prisionero entra,

sino con todo el honor

de su astirpe y sangre régia,

pues siempre los españoles

valientes en la pelea

con enemigos vencidos

de ser corteses se precian.

La muchedumbre se apiña

agrupándose las cabezas,

y en balcones y ventanas

pañuelos el aire ondea
agitados por las manos,
de lindas barcelonesas.
—Ya ha entrado dentro del puerto
la capitana galera
y el tablado que en la playa
junto al ravalaje hicieran
de estribor en el costado
la gente de mar aferra,
para que por ella baje
el rey que vencido llega,
desde el buque hasta el palacio
sin que tocar tenga en tierra.

Llegada la comitiva
del monarca á la presencia,
el esforzado Cardona
que á Barcelona gobierna,
á nombre de la ciudad
con muy corteses maneras,
que el hospedaje reciba
que le preparan le ruega.
Dióle gracias el francés,
pero al ver que se le espera
con la pompa y aparato
que cumple á su estirpe régia,
dijo al valiente guerrero
con delicadeza extrema:
«Os doy gracias y las doy
á la ilustre Barcelona,
que bien su nobleza abona
con su proceder de hoy;
pero os suplico señor
mandéis cesen los festejos
que estoy de mi Pátria lejos
y triste, Gobernador.
Que admitan el fiel tributo
de mi gratitud espero,
mas hoy *vengo prisionero
y por mi honor visto luto.*»

A poco rató el ruido
de atambores y trompetas,
de campanas y cañones
que por los aires resuena,
toróse silencio mudo
porque al saber la respuesta
que el prisionero monarca
á la comitiva diera,
el pueblo enteró comprende
el hondo pesar que encierra
y aunque le quieren vencido,
generoso le respeta.

Salió el monarca francés
que la comitiva cerca,
y á su lado cual su sombra
vestidas sus armas negras,
el fiero Alarcon que guarda
quizá con tosca rudeza
al prisionero monarca
que ni un solo instante deja.

No viste el francés guerrero
recamada sobrevesta
de terciopelo y de oro
ni armadura de Venecia,
ni cubre su régia frente
la coronada cimera,
con airoso pendoncillo
y el modo, *et non plus* en ella;
que solo cubre sus formas
lisa ropilla modesta
de negro color, y negros
los broches que la sujetan
á su talle airoso y fino
que admira mas de una bella.
Negro es el corto birrete,
negra la pluma que ondea
por un broche de azabache
al lado izquierdo sujeta,
y aun su rosteo sombreado
por barba aunque corta espesa,
con su palidez enluta

su noble y digna presencia.
A las pláticas responde
que en vano anudar esperan
corteses los españoles
para distraer su pena,
y con sonrisa galante
que mal cubre su tristeza
á los amables saludos
de las hermosas conlesta.
Así en medio del silencio
que por todas partes reina,
del rudo Alarcon seguido
y de guardia *una bandera*,
penetre dentro el palacio
del arzobispo.—A las puertas
queda la plebe un momento
en admiracion suspensa,
hasta que al fin deshaciéndose,
con marcha pausada y lenta,
poco á poco á sus hogares
tomó callada la vuelta;
que tal acontece siempre
después que acaban las fiestas
á que presurosa acude
la muchedumbre contenta.

Retiráronse los nobles
y la comitiva entera,
para que descansase el rey,
ó porque triste no vea,
su vencimiento patente
al contemplarlas tan cerca;
y á poco solo se oían
los pasos del centinela,
que á la puerta del palacio
lentamente se pasea,
murmurando algún romance
para entreteuer su vela.

(Se continuará)

ASTUCIA.

Pasando Luis XIV revista á sus guardias francesas y suizas en una espaciosa llanura, un aldeano echó de ver que las tropas pasaban por una heredad que tenia sembrada de guisantes, destruyéndoselos todos: para lograr que prontamente y bien se le abonase el daño, comenzó á gritar: *milagro*, y no lo dejó hasta que llegó á oírlo el rey, el cual le preguntó que qué era aquello?—«Señor, respondió el astuto aldeano, yo habia sembrado en esta tierra guisantes, y veo que han nacido suizos.» Entendió el rey la *astucia*, la celebró, y mandó recompensar con suma generosidad al aldeano.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernández de los Rios.